

¿TRAS LAS HUELLAS DEL AMOR? LAS CONFESIONES DE KEN BUGUL EN SU
NOVELA *MES HOMMES À MOI*

AFTER THE FOOTPRINTS OF LOVE? THE CONFESSIONS OF KEN BUGUL IN HER
NOVEL *MES HOMMES À MOI*

LÍA MALLOL DE ALBARRACÍN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

Sumario:

1. Ken Bugul, la escritura y *Mes hommes à moi*
2. El problema de la sexualidad, los dos modelos varoniles
3. El primer amor
4. La carrera de la seducción
5. Las sombras del pasado
6. La eterna búsqueda identitaria
7. Conclusión

Resumen: La senegalesa Ken Bugul retoma sus experiencias alienantes en la novela *Mes hommes à moi* (2008); esta vez, el foco de atención son todos los hombres que pasaron por su vida. La narradora reconoce una dolorosa, frustrante y permanente insatisfacción que la lleva a plantearse el origen de sus sucesivos fracasos amorosos. Confiesa sus aventuras impudicamente, con una desgarradora sinceridad y la lucidez que la caracterizan. Plantea que su persecución del hombre ideal está determinada por el recuerdo de su padre y de su hermano mayor; pero personalmente me pregunto si la necesidad afectiva que la atenaza no remite a su permanente búsqueda identitaria. La hipótesis del presente trabajo es, pues, que en *Mes hommes à moi* se despliegan una vez más las acuciantes interrogaciones existenciales de Bugul (esta vez en torno al amor, la sexualidad, el erotismo, la sensualidad), irresueltas desde el abandono materno en su primera infancia y su posterior confrontación con la colonización y la independencia de su país natal.

Palabras claves: Ken Bugul- Amor y erotismo- Búsqueda identitaria.

Abstract: The Senegalese Ken Bugul takes up her alienating experiences in the novel *Mes hommes à moi* (2008); in this opportunity, the focus of attention is about all the men who went through her life. The narrator recognizes a painful, frustrating and permanent dissatisfaction that leads her to consider the origin of her successive love failures. She confesses her adventures impudently, with a heartrending sincerity and the lucidity that characterizes her. She argues that her pursuit of the ideal man is determined by the memory of her father and her older brother; but I personally wonder if the affective need that the grip does not refer to her permanent identity search. The hypothesis of the present work is, therefore, that in *Mes hommes à moi* the pressing existential interrogations of Bugul (this time around love, sexuality, eroticism, sensuality) are unfolded, and unresolved since the maternal abandonment in her early childhood and her later confrontation with the colonization and independence of her native country.

Keywords: Ken Bugul- Love and eroticism- Identity search.

1. KEN BUGUL Y LA ESCRITURA

La escritora Mariétou Mbay Biléoma no deja de deslumbrar con sus historias provocativas. Nacida en Senegal en 1947 y autora de diez novelas en lengua francesa firmadas con el seudónimo Ken Bugul, es sin dudas una mujer fascinante, atrevida, sobre todo libre y muy reflexiva. Su vocación literaria se entrelaza con una incesante búsqueda interior innegablemente relacionada con una profunda necesidad de autoconocimiento y de autodefinición. En efecto, Bugul comenzó a escribir como respuesta a la imperiosa exigencia de comprender el derrotero de su vida, llegada casi a los cuarenta años de edad sin norte ni asideros, agobiada por la soledad, las desilusiones, el dolor e incluso la miseria tanto existencial como física. Se inició en la escritura cuando ya nada le quedaba por probar en su vida intentando conseguir un lugar en el mundo y un poco de felicidad. Por ello, podemos asociar su producción con la función catártica de la literatura y leer sus novelas como confesiones, cuestionamientos y reflexiones de un alma en busca de sí.

La identidad es un problema acuciante para Bugul no solo en el plano personal sino también social, y lo plantea desde su ser de mujer africana negra, educada en la escuela francesa, emancipada, permanentemente confrontada con sus raíces culturales y con las contingencias históricas. Los personajes femeninos de sus novelas, que en su gran mayoría son de corte autobiográfico, proyectan sus sentimientos y su visión del mundo o, más bien, sus interrogantes frente a un mundo racista e

insensible dominado por un individualismo egoísta, exitista y materialista, que excluye a los seres indefensos o vulnerables. Bugul nació en un continente colonizado y creció en un país a la deriva en su anhelo independentista; forma parte de una generación desencantada, incómoda tanto en su suelo natal como en tierras extrañas debido al socavamiento de sus parámetros culturales originarios. El reconocimiento de la identidad es un problema muy propio de nuestra autora en tanto parte de una sociedad maltratada y marginada históricamente y la búsqueda identitaria constituye, así, uno de los pilares fundamentales de su literatura.

Sus escritos tematizan esta búsqueda y es por ello que oculta tras diversas voces narrativas, Bugul nunca deja de hablar de sí misma en sus novelas con descarnada sinceridad. Así lo hace en *Mes hommes à moi*,¹ novela traducida al castellano hasta el momento, cuyo título significa literalmente *Mis hombres*. En ella, revisa sin tapujos su relación con todos los hombres que pasaron por su vida a partir de dos constataciones: la primera -quizás la más sorprendente y desgarradora- su frigidez; la segunda -no menos importante- la inevitable necesidad de comparar cada nuevo hombre con su padre o con su hermano mayor. Bugul atribuye a estas dos causas su permanente fracaso en la búsqueda del hombre ideal. Pero intuimos que el motivo enraíza mucho más hondo en su propia interioridad, interioridad tempranamente lacerada por traumáticas experiencias que marcaron su identidad -o más bien la diluyeron- irreversiblemente.

La hipótesis del presente trabajo es, pues, que en *Mes hommes à moi* se despliegan una vez más las acuciantes interrogaciones existenciales e identitarias de Ken Bugul esta vez en torno al amor, la sexualidad, el erotismo, la sensualidad, irresueltas desde su primera infancia y agravadas por su posterior confrontación con la colonización y la independencia de su país natal.

2. EL PROBLEMA DE LA SEXUALIDAD, LOS DOS MODELOS VARONILES

La novela se inicia con una voz narradora en primera persona; es la de una mujer que, próxima a cumplir 60 años, monologa consigo misma acerca del *problema de [su] sexualidad* (9) y confiesa:

No gocé jamás en mi vida.
Que los hombres que conocí me perdonen.
¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Fingí toda mi vida.

1 Ken BUGUL (2008), *Mes hommes à moi*, Paris, Présence Africaine. Mis citas provienen de esta edición y las traducciones al castellano en esta investigación me pertenecen.

Jugué a acabar.
¡Nada! ¡Nulo! ¡Cero! (11)

A medida que la narración avanza, el yo se desdobra y se contempla desde una tercera persona que le reenvía la misma imagen: *Después de muchas experiencias, esta mujer se había dado cuenta de que era frígida y que las relaciones sexuales no le daban ninguna satisfacción.* (15) *Una frigidez física y mental que tal vez tuviera algo que ver con su historia... Esta persona era yo.* (16)

En efecto, la narradora se ve compelida a revisar lo que llama *su historia* a fin de entender por qué dos hombres encontrados azarosamente en un bar de París la han tomado por una mujer provocadora, incitadora, capaz de dejarse poseer sin escrúpulos. Ella está ofuscada y furiosa; se siente ofendida por el rótulo que le ha sido atribuido: *Une allumeuse!* (15) y por la brutalidad de la indecente confidencia: *¡Me gustaría cogerte!* (18). No acepta que esta sea la única relación posible entre varones y mujeres. Se pregunta qué pudo haber llevado al hombre a hablarle así, revisa sus impresiones y sentimientos. Y así es como surge la reflexión acerca de su sexualidad y el examen de su vida, sustancia de la novela que nos ocupa.

En ella, Bugul le cede la palabra a su narradora protagonista Dior, quien *aquella mañana* (9), perturbada por el antedicho malentendido, decide refrescarse en el bar de Max, sito en boulevard Voltaire (el relato se desenvolverá íntegramente en este único espacio), donde comparte la barra con un desconocido a quien le refiere con todo detalle y total sinceridad todas sus experiencias amorosas.

Le dice Dior a su interlocutor: *¿Sabe? Tuve solamente dos hombres en mi vida. Sin embargo, conocí a muchos. Grandes, pequeños, rojos, amarillos, azules, verdes, negros, blancos, que eran los mismos, violetas.* (107) Así, ante el desconocido del bar y ante los lectores se despliegan los múltiples amores de la mujer, desde su adolescencia y hasta un pasado próximo de la narración, situaciones diversas, con muy variados hombres: un estudiante, un soldado, un mestizo, un profesor de inglés, un médico, un desconocido en el tren y muchos otros de distintas edades, condición social y ocupación, unos comprometidos y otros libres, relaciones más o menos pasajeras, siempre infructuosas. Pero la propia protagonista clasifica a todos ellos sintéticamente en dos tipos: unos se parecen al hermano físicamente; otros, los maduros, a su anciano padre ciego. Los segundos le inspiran calma, ternura, cuidados; los primeros, en cambio, un fuerte deseo de dominio y venganza.

Esta clasificación está íntimamente relacionada con las primeras vivencias

de la protagonista a edades muy tempranas. Con respecto al padre, lo que relata Dior coincide con lo que Bugul ha afirmado otras veces acerca de su propia vida, esto es, que su padre -un hombre religioso dedicado a la oración- tenía 90 años cuando ella nació, era ciego y la niña pasaba largas horas junto a él contemplándolo enternecida y admirada, dispuesta a ayudarlo siempre y ansiosa por comunicarle lo que él no podía ver. De esta relación rescata especialmente la comunicación por el tacto: *Siempre me gustaron las manos de mi padre. Eran largas, finas, hermosas... Cuando había perdido la vista, tomaba sus manos y las pasaba por mi cuerpo para mostrarle cómo era yo.* (196) *Le hacía tocar mis ojos, mi nariz, mi cuello, como para hacerle sentir que me parecía mucho a él.* (198)

Rescata igualmente el aura de paz, de seguridad y de sabiduría que emanaba del padre, personalidad que la atraía como un remanso.

En cuanto al hermano, el vínculo es ambivalente y complejo. Por un lado, admira su contextura física, el tono de piel, la jovialidad, y rescata la relación de complicidad reinante entre ambos. Cada vez que Dior conozca a un hombre atenderá al ancho de sus hombros, el vigor de sus piernas, sus modales. Esto ocurre desde la primera experiencia:

Lo miraba caminar. Me recordaba a mi hermano pero no tenían las mismas piernas [...] Mi hermano era más grande que él... Esa mañana, yo amaba a Bocar como a mi hermano... Fumaba. Como mi hermano. Tenía los mismos labios pulposos que sujetaban el cigarrillo de la misma manera... Bocar me recordaba a mi hermano. (120-121)

No obstante, hace recaer sobre él la culpa por la burla cruel, las risas y el escarnio de que ella fuera objeto durante su infancia debido a un incidente ocurrido en la escuela: imposibilitada de ir al baño, la niña se orina encima durante la clase; y aunque cambiará de escuela al año siguiente, continuará sintiéndose señalada por todos, humillada, fuente de mofa incluso para el hermano mayor, que en vez de defenderla y protegerla se suma a las chanzas de los demás. Esta experiencia determinará el deseo de manipulación y venganza que nace en ella cada vez que conoce a un joven parecido a su hermano. Dior declara:

No quería que me tomaran por una niña. Solo yo podía aprovechar esta condición y utilizarla cuando me gustara, cuando quisiera hacer caer a un hombre en mis redes, para detestarlo después... Yo era así. Cuando un hombre me gustaba y se parecía a mi hermano. Cuando se parecía a mi padre, en general, la cosa podía

durar más tiempo. (104-105)

Así es como todas las relaciones amorosas que Dior entabla están inconscientemente determinadas por el parecido físico o espiritual de los hombres con su padre o con su hermano mayor. Y así es como en la mayoría de ellas prima el aspecto sensual y carnal mientras que de otras la protagonista rescata el componente afectivo o la contención. De todos modos, las relaciones son siempre efímeras, destinadas al fracaso de antemano puesto que esos hombres más o menos parecidos al padre o al hermano no son sino réplicas muy imperfectas de los dos modelos que Dior admira.

3. EL PRIMER AMOR

La primera experiencia amorosa, a los 15 años, involucra precisamente a un muchacho parecido al hermano; se llama Bocar y la narradora lo presenta así: *Me llamó la atención un joven que iba y venía y que me recordaba a mi hermano* (118). Esta experiencia, iniciática desde todo punto de vista, resultará obviamente determinante; no en vano ocupa largas páginas de la novela. Además de ser la primera, es sin dudas reveladora para la protagonista. Bocar le prodiga los primeros besos y caricias, inaugurando multitud de nuevas sensaciones en el cuerpo de Dior, quien reconoce: *No sentía todavía el deseo sexual. Lo que me interesaba en la relación eran los cuerpos entrelazados, los sentidos en efervescencia y los besos.* (128) La sorpresa y la incomodidad del primer momento pronto ceden paso a una necesidad: *Mañana y noche pasaba yo por su casa para tomar mi ración de sensaciones. Nos besábamos con locura.* (127) Nace así una revelación capital:

Ahora sabía besar y algunas veces me acercaba a él y comenzaba un juego sutil que le daba deseos de mí. Se echaba sobre mí y me aplastaba con todo su cuerpo flaco, seco, pero pesado. **Yo sabía que a partir de entonces podría conducir el juego**, que no volvería a esperar que un hombre quisiera besarme, que podía tomar la delantera. Los chicos no me frecuentaban hasta entonces y había sufrido mucho por eso. Pero ahora iría yo hacia los chicos si ellos no venían a mí. **Iba a volverme una gran seductora.** (128. El destacado es mío)

Bocar llega a la vida de Dior en plena adolescencia, cuando esta se sentía menospreciada por todos y sus triunfos académicos habían perdido importancia y valor frente a las conquistas amorosas de sus compañeras de clase. A través de Bocar, la jovencita descubre su cuerpo deseable e inicia un aprendizaje nuevo: el

de la seducción y el placer. Tal como se desprende de la cita precedente, una de las mayores revelaciones de esta etapa es que a Dior le atrae este nuevo mundo de sensaciones y que lo toma como un juego, lo cual sugiere que el amor carecerá de una dimensión más profunda y significativa. Esto será efectivamente así durante largos años, mientras la joven busca un lugar destacado entre sus congéneres: sobresalir, no quedar excluida ni tener que esperar que alguien venga a buscarla sino adelantarse, es para ella lo más importante. A Dior solo la mueve el juego de la seducción, con una sed insaciable por ganarlo.

4. LA CARRERA DE LA SEDUCCIÓN

Después de la primera relación, Dior se precipitará sobre muchas otras, todas efímeras porque el único objetivo es siempre el mismo: experimentar las sensaciones físicas y demostrarse que es ella quien elige y dirige el juego de la seducción. Inconscientemente significa un descarnado desafío, una competencia, una revancha: *Yo no pensaba que iba a seducir a los hombres para hacerlos a un lado una vez satisfechas mis más recónditas fantasías. Todavía no me daba cuenta de que iba a vengarme de los hombres por todo lo que me habían hecho sufrir.* (128)

Con esto alude, en primer lugar, a la ya referida anécdota en la escuela, cuando se orina en clase. En segundo lugar, apunta a lo sola, olvidada y despreciada que se sentía durante los bailes escolares, sobre todo a la hora de los *slows*, no obstante ser una eximia bailarina de tango. Esto la llena de rencor y la lleva a poner en marcha una verdadera estrategia de seducción cada vez que alguien -por su parecido con el padre o el hermano- le despierta el interés. Así es como se justifica: *Los varones se habían burlado de mí. Debía vengarme. Ser la mejor del colegio, utilizarlos, seducirlos y deshacerme de ellos como de muñecos desarticulados.* (180)

Para conseguirlo se vale sugestivamente de su cuerpo descubierto al contacto con Bocar y, progresivamente, con otros hombres: ellos le han dicho que tiene labios pulposos y bonitas piernas que debe lucir. Y ella por fin ha aprendido a elegir la tela más apropiada para sus vestidos, a fin de exaltar su silueta al andar. Los perfumes, las cremas, el cuidado del cabello, también se tornan armas de seducción junto con sus maneras de mujer occidentalizada, emancipada y moderna. Educada en la escuela francesa y luego interna en la Universidad, Dior desdeña las prendas tradicionales y opta por el jean y el cuero importados de Occidente, para distanciarse de las jóvenes del país y asegurarse que los muchachos vean en ella a una persona diferente, desentendida y alejada de los roles convencionales imperantes en

la sociedad africana tradicional.

Dior, estudiante, pierde todo pudor o resquemor. Hombres casados, comprometidos o solteros, vistos una sola vez o asiduamente, compatriotas o extranjeros, jóvenes de su edad o mucho mayores que ella, de cualquier condición, se transforman en presas de su rencor y de su deseo. En ningún caso la seducción cede el paso a un verdadero afecto sino que se agota en la posibilidad de conseguir su objetivo inmediato.

5. LAS SOMBRAS DEL PASADO

Pasados los años y después de muchas y variadas experiencias, Dior confiesa: *Había tomado la decisión de abrir un paréntesis en mi vida con los hombres, mientras me preguntaba si finalmente no había tenido yo más que dos hombres en mi vida y si todos los demás no sabían que yo los buscaba por todas partes.* (23)

Tal como quedó dicho, la narradora reenvía la búsqueda del hombre ideal a *su historia*, es decir a su experiencia de vida, y como cada vez que esto sucede, en cada novela de Ken Bugul nos enfrentamos con dos hechos fundamentales: el abandono materno y la escuela francesa. La escritora atribuye siempre a estas dos causas su falta de norte, su conducta extraviada, sus yerros, y al mismo tiempo, una incansable búsqueda interior. Ante la falta de afecto materno imposible de suplir por su anciano padre y confundida frente a una educación escolar que contradecía su realidad socio-cultural originaria, Bugul no deja de buscar asideros morales y afectivos en cualquier parte. Leemos:

Asistí a la escuela colonial y lo que más me había faltado era una educación de base para la vida, lo cual me hubiera ayudado a sobrevivir. Yo era la última [hija] y había sido arrastrada de aquí para allá durante mi infancia y mi adolescencia. Mi madre no me dominaba. Le había escapado con la escuela aún cuando ella alimentaba la secreta esperanza de que un día pudiera recuperarme para que pudiese volver al regazo de la tradición y de las realidades de mi comunidad. ¿Cómo entrar en ese regazo que yo desconocía, en el que jamás había sido iniciada? Yo, abandonada antes de los siete años, carecía hasta de la sensación de haber tenido una infancia. Iba a la escuela y pensaba que la escuela era todo para mí porque había perdido los puntos de referencia esenciales. (87-88)

En efecto, Ken Bugul ha relatado muchas veces que cuando ella tenía cinco años su madre se alejó del hogar marital para regresar a su aldea originaria, dejándola al cuidado de su anciano padre; solo un año más tarde la niña fue enviada a

vivir con su progenitora pero esta nunca la recibió con el entusiasmo y el cariño que la pequeña hubiera deseado, pues ahora estaba abocada a la crianza de una nieta, amor que desplazó a Ken en la atención de su madre, según declaraciones de la propia autora.² El abandono materno no encuentra reparación en el herido corazón de Ken; al contrario, es el origen de la deriva fundamentalmente afectiva que caracteriza la vida de nuestra autora, quien traduce en su conducta la falta de referencia antes mencionada y vuelca en su relación con los hombres la misma confusión y los mismos anhelos. Elocuente es la siguiente cita: *Yo no había sido educada como mi madre ni por mi madre. No había sido educada como las otras chicas de Mbada.* (178, el resaltado es mío) A ella cabe agregar:

 Mi madre no hubiera podido comprender mi comportamiento si yo hubiera tratado de explicárselo. Algo había cambiado en mí y **mi madre, que no me conocía bien**, no podía adivinarlo. Lo que había cambiado el curso de mi vida, que habría podido ser más o menos normal, databa del **momento en que me había reunido con mi madre en Mbada**. Del día en que me había orinado encima durante la clase... Esta vergüenza, ese hierro al rojo vivo plantado en mi alma de niña **que no había vivido la infancia y que anhelaba a su madre**, estaba en el origen de todo este desorden. Los bailes del liceo no habían hecho más que sumarse. Y el deseo inconsciente de venganza que hervía en mí, aumentaba día tras día. (179-180, los resaltados son míos)

Queda claro, entonces, que el problema con los hombres se remite al mencionado conflicto con la madre; en el fondo, Bugul la sigue acusando de sus desventuras y desdicha. El irresuelto sentimiento por el abandono materno revela una nueva cara en esta búsqueda erótica desenfrenada tratando de suplir la falta de contención y de afecto materno.

A esto se suma la experiencia de la colonización, de la escuela francesa y de los hábitos extranjeros que vinieron a alterar la dirección de las relaciones entre hombres y mujeres en la realidad africana. Explica la narradora:

 La costumbre de gustar a un hombre, la habíamos heredado del período colonial cuyo sistema patriarcal había desplazado a la mujer a un segundo plano. De este modo, el juego había sido invertido. Pero además debíamos conservar nuestras prácticas tradicionales y eso armaba un merengue endemoniado en las familias. Las sociedades tradicionales eran sociedades matriarcales. (91)

2 Relatado en *De l'autre côté du regard*, Paris, Serpent à Plumes, 2003.

La autora denuncia las costumbres impuestas por la colonización y perpetuadas después de la Independencia como otra forma nefasta de *asimilación* que solo agravaba la confusión de las conciencias.

Bugul fue la primera mujer de su familia en asistir a la escuela y recibió la alfabetización en francés al tiempo que se le imponía una cosmovisión occidentalizada. A caballo, pues, entre dos mundos y sin la contención de la madre, se vio tempranamente confrontada con dos realidades contradictorias, incapaz de armonizar una con otra. La educación extranjera la separaba de su medio originario y, en lugar de significar una ventaja, abría una brecha más profunda y más confusa en su conciencia.

6. LA ETERNA BÚSQUEDA IDENTITARIA

De este modo, entendemos que las sucesivas aventuras amorosas de Ken/Dior son otros tantos emprendimientos de búsqueda interior. Más que caminar tras las huellas del amor, Bugul camina tras ella misma en el afán de encontrar un espacio seguro en esta sociedad nueva, donde sentirse dueña de sí, amada, comprendida, valorada, protegida pero respetada en su libertad; una sociedad donde elegir por sí misma un lugar y un rol.

Se trata de una angustiada persecución existencial tras una identidad que le cuesta definir, describir y aceptar. *Extranjera* tanto en su país de origen como entre los europeos debido a una difícil y controvertida fusión entre su realidad racial y la educación foránea recibida en la escuela, Bugul camina a tientas durante largos años, tratando de responder preguntas cruciales como ¿Quién soy?, ¿Dónde estoy?, ¿Qué quiero?

Entre tales interrogantes, la naturaleza y la factibilidad del amor ocupan un lugar de relevancia en tanto expresión de un ser en comunión con otros y reconocido por los otros. Pero desde el momento que a nuestra autora le ha costado tanto reconocerse a sí misma, también el amor ha resultado para ella una experiencia difícil y no siempre exitosa. Por ello, entiendo posible afirmar que cada tentativa amorosa confesada por Bugul en *Mes hommes à moi* está presidida por su incansable búsqueda de sí y que lo que intenta desesperadamente es... *encontrar al hombre que pudiera centrarme en mí misma, un hombre que fuera mi padre y mi hermano.* (183) Alguien que aunara ternura, sabiduría y calma con jovialidad, belleza y sumisión; sobre todo, alguien que le permitiera desplegar su ser de mujer en todas sus dimensiones en una sana relación de donde la competencia estuviera excluida. En

definitiva, alguien que la ayudara a encontrarse a sí misma.³

7. CONCLUSIÓN

Erotismo, amor, sensualidad se despliegan sin tapujos en esta novela de Ken Bugul protagonizada por todos los hombres de su vida. La autora entiende las relaciones sexuales como una instancia de satisfacción sensible y, al mismo tiempo, de comunión y de don interpersonal en la que no siempre halla lugar el placer físico. Se trata, principalmente, de un juego de seducción que prefiere dirigir y gobernar puesto que el vínculo amoroso se define ante todo como una relación de fuerzas.

Afectivamente insatisfecha desde su infancia debido al temprano abandono materno, la autora enfrenta cada nueva conquista como una nueva búsqueda signada por un único modelo de hombre -representado por su padre o su hermano mayor- y por las frustraciones de su infancia y adolescencia transcurridas en medio de una sociedad perturbada por las interferencias extranjeras. Todo esto determinará en cada ocasión el tipo de hombre elegido y el tipo de relación entablada.

En cada nuevo hombre Bugul intenta satisfacer sus necesidades sensibles y afectivas, en gran medida dirigidas a saciar cierta sed de revancha y venganza nacida a la sombra de dolorosos incidentes que tuvieron lugar durante su edad escolar. Gran seductora, amante de toda sensación, no le teme a ninguna nueva experiencia ya que su vida continúa siendo una búsqueda. En este camino, la revisión de *su historia*, aún en sus facetas más tristes u oscuras, constituye el medio más saludable para comprenderse y aceptarse. *Pero... ¿Se cura uno de su historia?... en la vida no hay más que historias que contar o que callar para siempre.* (249) Y para ello, la escritura se convierte en el instrumento de expresión privilegiado, manifestando una vez más la eficacia catártica de la literatura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BUGUL, KEN 2008, *Mes hommes à moi*, Paris, Présence Africaine.
_____. 2003, *De l'autre côté du regard*, Paris, Serpent à Plumes.

3 Es de notar que en esta novela Bugul no relata su experiencia con el *Serigne* que la tomó por esposa y que la ayudó a rehabilitarse moral y espiritualmente, materia de la novela *Riwan ou le chemin de sable* (1999), como tampoco habla de su esposo beninés, padre de su única hija.